

JORGE CIENFUEGOS

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS



TODAS
LAS BRUJAS
BUENAS

CROSS
BOOKS

JORGE CIENFUEGOS

TODAS
LAS BRUJAS
BUENAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S.A.

© del texto: Jorge Cienfuegos, 2022
© de la ilustración de cubierta: Javier Rubín Grassa, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26006-6
Depósito legal: B. 14.126-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Pemberley

Tommy ya casi no recordaba lo calurosas que pueden llegar a ser las noches de agosto en la ciudad que nunca duerme. La humedad semeja el abrazo forzoso de un compañero de colegio al que lamentas no haber podido esquivar en la calle. En las estaciones de metro no hay aire acondicionado, y los cuerpos de todos aquellos jóvenes vestidos de fiesta irradian calor. Tommy siente como si se ahogara, pero sabe que solo es la humedad combinada con el nerviosismo. Una parte de él piensa que ojalá no hubiera aceptado, pero entonces tendría que soportar las quejas de Brennen el resto del semestre. A veces, es necesario claudicar para asegurarse un futuro tranquilo.

Brennen llega solo y tarde, como siempre, pero explica que Aubrey —a quien, insiste, Tommy conoció en una fiesta a la cual este no recuerda haber asistido—, se reunirá con ellos dentro. El resto del grupo ha preferido no salir porque todos tienen pareja y «ya no necesitan ir a discotecas en busca de sexo como desesperados».

La discoteca es nueva, o eso dice Brennen. Abrió en mayo, y ha sido la sensación del verano entre la gente *queer* de Nueva York. Por fuera parece una librería, con el escaparate ocu-

pado por los superventas que la gente que no lee cita para aparentar, y en el interior hay varias estanterías de aspecto antiguo con libros falsos. El portero va vestido con un delantal y gafas de montura dorada sin cristales, en lo que debe de ser una representación de la imagen mental que aquellas personas tienen de un librero común. Les pide los carnets, sonríe coqueto y les dice que para poder acceder a Pemberley —¡uf!— deben probar sus conocimientos respondiendo a una pregunta:

—¿Quién es el autor de *Romeo y Julieta*?

Tommy alza las cejas sorprendido por lo obvio de la respuesta, pero Brennen interviene con la más grande de las sonrisas.

—Es una de mis novelas favoritas —le susurra.

Una de sus *novelas* favoritas. ¿Acaso no sabe que Tommy estudia Literatura y Escritura Creativa? En tres años, por lo menos debería haberse aprendido la carrera de su mejor amigo. Tommy lo sabe todo sobre su doble grado en Negocios y Estudios Internacionales.

La entrada a Pemberley —en serio, qué sacrilegio— es, por supuesto, una puerta secreta camuflada como estantería. La escalera metálica desciende hasta un sótano que tiene el mismo aspecto que cualquier otro bar gay en el que Tommy haya estado: luces rojas, humo, *twinks* en pantalones cortos y gogós musculosos haciendo acrobacias en la barra americana.

—¿Y por qué es el sitio de moda? —pregunta Tommy—. Es igual que todos los demás bares.

—Para nada, este es superexclusivo. Date cuenta de que para entrar tienes que demostrar que eres culto.

—*Romeo y Julieta* —murmura Tommy.

No sabe si es por haber pasado el verano en casa, pero siente una enorme distancia con Brennen.

—Exacto. Te sorprendería la cantidad de gente que no conoce esa novela; es vergonzoso.

Se sientan a una mesa alta cerca de la zona de baile y hablan de las cosas típicas después de un par de meses sin verse. Aubrey llega poco después, y Tommy confirma que jamás ha visto a esa persona, pero Brennen no los presenta y ella actúa como si se conocieran, así que al final no importa demasiado. Brennen decide que es hora de empezar con los chupitos, y al segundo se le suelta la lengua y le grita a Aubrey que su misión es conseguir que Tommy eche un polvo.

—Lleva todo el verano en el Medio Oeste —explica—. Imagínate el sexo de mierda que el pobre ha tenido con granjeros metidos en el armario.

Tommy le ha contado que pasó el verano usando aplicaciones de citas y teniendo sexo posruptura, pensando que eso sería mejor que admitir que no ha estado con nadie desde que terminó con Michael. Obviamente, le ha salido el tiro por la culata.

A pesar de que Brennen establece su objetivo al inicio de la noche, durante las siguientes horas no hace más que flirtear con chicos cuando va a pedir más bebidas a la barra, y se pierde durante media hora cada vez que va al cuarto de baño. Para su última excursión, a eso de la una de la mañana, Tommy y Aubrey ya son prácticamente amigos íntimos.

—Venga, dime la verdad, T. —La chica se inclina hacia él para dar dramatismo a la confesión, a pesar de que están solos y que, en todo caso, nadie podría oírlos por encima de *Toxic* a todo volumen. Aubrey es una borracha amable, graciosa, pero el aliento le apesta a alcohol y resulta difícil concentrarse en lo que dice—. Brennen y tú habéis tenido algo, ¿a que sí?

—No, solo somos amigos.

—Ya. Pero... ¿te gustaría?

—No. —La mirada inquisitiva de Aubrey no vacila, y él comprende que tiene que explayarse—. Compartimos habitación durante el primer año. Sería rarísimo ser algo más.

—A mí me lo puedes decir, no se lo voy a contar.

—Somos amigos.

—Pues él piensa que eres un bomboncito... y te quiere comer. —Aubrey ríe e intenta beber varias veces de su vaso antes de darse cuenta de que está vacío; entonces se ríe de nuevo—. Te quiere comer con todo el relleno.

Tommy es incapaz de imaginarse con Brennen. Ni siquiera está buscando tener nada con nadie. Su desintoxicación de los hombres estos meses ha sido un éxito: ha incrementado su productividad y su autoestima.

—Quizá te creería si no fuera porque nadie dice «bomboncito» desde 1970 —bromea para matar aquella conversación incómoda.

Brennen regresa con un nuevo amigo vestido con pantalones cortos de cuero. Con este calor. Tommy no puede evitar imaginarse al desconocido en un vagón de metro sin aire acondicionado, con los genitales bañados en sudor y la ropa interior metida por el trasero. Se imagina acompañándolo a su casa y bajándole aquellos pantalones pegados a la piel, y entonces se da cuenta de que lo que de verdad quiere es volver a su apartamento y tomarse un granizado de mango y frambuesa con pedacitos de hielo muy duros que le crujan entre los dientes. Aprovecha que el chico del pantalón de cuero se ha convertido en el centro de atención y se excusa para ir al baño.

Pemberley —todavía no puede aceptar que ese sea el nombre de este antro— tiene un único cuarto de baño, y la cola solo es comparable a la del servicio de un avión cuando el comandante anuncia que ya se pueden desabrochar los cinturones de seguridad. Toda la gente está mirando el mó-

vil, y él hace lo propio. Navega por sus redes sociales repartiéndome gustas y reaccionando a historias con caritas con corazones en los ojos. A veces reacciona al mismo evento en todas las redes sociales de una persona. Por ejemplo, Michael, que acaba de tuitear: «Noche de viernes: vino y juegos de mesa con amigos y el amor de mi vida. ¿Quién da más?». En Instagram, ha subido una foto de las copas con el Catán detrás y otra de un chico rubio con rizos de anuncio de champú; y en Snapchat le ha mandado directamente a él una foto del tablero con el mensaje: «La pandilla te echa de menos». La pandilla son, en esencia, todos los amigos con los que se quedó Michael. La peor parte de una ruptura es precisamente esa: repartir los amigos y, a veces, hasta las aficiones. Tommy los introdujo a todos en el mundo de Catán, pero ahora ni siquiera se siente con derecho a jugar con ellos. En la separación amistosa, Michael se quedó con las noches de juegos de mesa. Se quedó con todo.

—No es posible que nadie meee tan despacio —dice una voz detrás de él—. ¿Drogas o sexo, tú qué opinas?

Tommy vuelve la cabeza con discreción, para no quedar en evidencia si el chico no le estaba hablando a él, pero el desconocido lo mira y sonrío. Es de su edad, solo unos centímetros más alto que él, con la piel morena, hoyuelos enmarcando su sonrisa y una mata de cabello ondulado que solo está a un corte de pelo decente de hacerle la competencia al novio modelo de anuncio de champú de Michael.

—Drogas, seguramente. —Se gira hacia delante y vuelve a fijar la vista en la pantalla del teléfono.

Ojalá no fuera tan tímido. O mejor, ojalá fuera tímido de manera normal, y no una de esas personas que parecen desagradables cuando en realidad solo se sienten intimidadas si un desconocido atractivo les habla de improviso.

—¿Te gusta el Catán? —Vuelve a intentar el chico. Tom-

my hace un mohín—. Perdona, no estaba espiándote, solo he visto un poco la foto y he reconocido el juego.

—Me encanta. —Hace un esfuerzo sobrehumano y, sin mirarlo a la cara, añade—: ¿Y a ti?

—No he jugado nunca, pero me suena de verlo por ahí y tal.

Es cierto que ya hace más de cinco minutos que son los siguientes en la cola para entrar al baño, pero los de dentro no salen. Por una parte, Tommy desea que se den prisa, para así poder terminar esta conversación que, a pesar de la brevedad, ya destaca como una de las más incómodas que ha mantenido en meses. Por otra, no recuerda cuándo fue la última vez que un chico guapo se interesó por él...

—Oye, ¿por casualidad estudias en la Universidad de Nueva York? —El desconocido señala a la derecha con un gesto vago, en lo que Tommy supone que es una referencia al campus, que se encuentra a solo unas calles de allí—. Creo que te he visto.

—Sí. ¿Tú también vas a NYU?

—Yo no, mi compañera de piso —responde—. Pero a veces voy a comer con ella en sus horas libres.

A Tommy se le escapa una risita que tal vez vaya acompañada de una mínima dosis, una pizca, de coquetería.

—Sí que debes de ser observador para acordarte de una cara que viste de pasada entre cincuenta mil estudiantes —le dice, con la ironía bailándole en las comisuras de los labios.

—Vale, me has pillado. Estaba haciendo la típica de «me sueñas de algo» y me la he jugado. —Se despeina nerviosamente con la mano y luego se la ofrece—. Diego. Mi compañera de piso sí que estudia en NYU, lo juro.

Tommy no quiere sonreír mucho y demostrar que está encantado, porque, al fin y al cabo, están en la cola del baño de la discoteca a la que acuden todos los homosexuales petu-

lantes de la ciudad de Nueva York en busca de una noche loca. No hay que parecer desesperado.

—Tommy, y te creo.

El apretón de manos dura un poco más de lo normal, o al menos eso le parece a él. La mano de Diego es ligeramente áspera al tacto, y Tommy fantasea con que es consecuencia de algún oficio que implique mucho trabajo manual, como bombero o... soldador. En realidad, sabe que lo más probable es que solo sea uno más entre los millones de chicos del mundo que no se hidratan las manos tanto como deberían.

—No eres bombero, ¿verdad? —Se oye decir. Horrorizado, le suelta la mano en el acto—. Estoy un poco pedo, no me hagas caso.

Pero Diego sonrío. Obviamente, ¿cómo no le va a gustar que asuman que ejerce el oficio más *sexy* del mundo?

—No creo que posea la musculatura requerida, pero gracias.

«La musculatura requerida», repite Tommy en su mente. Suena un poco pedante para un chico de veintipocos años en un bar a la una de la madrugada, pero a él siempre le han gustado los hombres con un vocabulario amplio. Por algo es un entusiasta de la literatura de los siglos XVIII y XIX.

—Trabajo en un banco, nada que ver —aclara Diego.

Tommy siente que le arde la cara, aunque le alivia pensar que las luces rojas del club son el camuflaje perfecto. Por fin salen las personas que estaban acampando en el servicio, y hay sitio para otras tres. Tommy analiza la situación a toda prisa dentro de su cabeza y planea ocupar el urinario más apartado del que escoja Diego, o quizá mejor uno de los cubículos. Sin embargo, dentro de aquel cuarto de baño hay más gente de la que esperaba, y termina irremediabilmente al lado del chico.

—Menos mal, me iba a explotar la vejiga —dice este.

Tommy no puede actuar con la misma naturalidad que él. Intenta concentrarse en mear pero, al mismo tiempo, una voz en su cabeza le repite que no mire a Diego, que ni siquiera mueva la cabeza un milímetro, por si eso pudiera dar a entender que está echando una ojeada a lo que no debe. Y entonces nota cómo este gira levemente el cuello y su cabellera ingobernable se agita un poco cuando mira hacia abajo.

A Tommy se le corta el pis de golpe. De nuevo nota que se ruboriza, y esta vez sí que ha de ser evidente bajo el haz blanquecino de los fluorescentes.

Diego termina con lo suyo y se marcha, pero Tommy permanece allí dentro como otro medio minuto, hasta que el pánico escénico se disipa del todo y puede vaciar su vejiga en paz. Al salir, se encuentra a Diego esperándolo, y la incomodidad es aún mayor que antes, porque ahora ya no existe ese propósito común que justificaba su compañía. Hace falta uno nuevo.

Tommy siente que esta vez es su turno de mover ficha. ¿Por qué diablos no existirá un hechizo para ligar mejor? O quizá sí que exista. No es que él entienda mucho del tema.

—¿Has venido con tus amigos o...?

—Solo —dice Diego, y no hace el más mínimo ademán de despedirse—. ¿Tú?

—Sí. O sea, con amigos.

—Guay.

—Sí. —Diego se ríe, pero no dice nada que lo rescate del silencio—. ¿Quieres... conocerlos?